

LA GUERRA PSICOLÓGICA

Dr. Ramón Carrillo

(Versión taquigráfica tomada por la Subsecretaría de Informaciones de la Nación, durante las tres clases pronunciadas en 1950 ante los señores jefes y oficiales de la Escuela de Altos Estudios. Integra la serie de sus exposiciones en diversos ámbitos que fuera compilada como Contribuciones al Conocimiento Sanitario del Hombre.)

I. — EL FACTOR PSICOLÓGICO EN LA GUERRA

Agradezco al señor general los conceptos con que acaba de ponerme en posesión de esta cátedra, en la que desarrollaré tres clases sobre la Guerra Psicológica. De más está decir que me siento absolutamente cómodo entre los señores jefes y oficiales que tienen la bondad de escucharme, ya que en otras partes he repetido que guardo los mejores recuerdos de mis trabajos de profesor en varias instituciones militares. Mi propósito es ahora transmitirles algunos conocimientos sobre un tema que, a pesar de su enorme importancia, hállase casi por completo desconectado entre los hombres de armas y los hombres de ciencia. Me apresuro a expresar que la llamada, elementalmente, guerra de nervios —tanto en la paz incierta de hoy, como en plena contienda—, sólo puede ser eficaz y posible mediante la más estrecha coordinación entre médicos y militares.

Antes de entrar a este salón, conversaba incidentalmente respecto a la posibilidad de realizar un estudio relacionado también con la guerra bacteriológica. Tal vez se inicie pronto, pues en los calamitosos tiempos modernos, la amenaza de una tremenda guerra microbiana —que estuvo a punto de estallar durante la última hecatombe— está siempre latente a pesar de todos los esfuerzos humanitarios que puedan oponérsele. Mas por ahora trataremos el conocimiento y la utilización de la psicología como arma de guerra, considerándola en su doble aspecto: ofensivo y defensivo.

Sobre la base de elementos objetivos y subjetivos proporcionados por los psicólogos en general, y por los psiquiatras en particular, y mediante la puesta en práctica de los recursos modernos, es como luego, militares y gobernantes, han logrado crear, con características propias, esta nueva arma de lucha que es la guerra psicológica. Ésta, en síntesis, como veremos en seguida, no es sino el suscitar en el adversario un clima mental, una atmósfera, diríamos así, consciente o inconscientemente, de prederrota, de inevitable fracaso de todos sus propósitos.

Qué se entiende por guerra psicológica

Para tener un conocimiento exacto de lo qué se entiende por guerra psicológica y cómo debe ser empleada, es necesario remontarse al examen de la psicología de las masas populares, de las tropas y de sus jefes, en el instante en que debe estallar la contienda. Debemos conocer muy bien los elementos constitutivos de todos sus estados psicológicos, en sus distintas etapas, pues todos ellos, a su vez, nos dan, también, el propio clima psicológico y nos permitirán utilizar hasta el máximo los grandes resortes de esta arma novísima —cuya cátedra deberá ser obligatoria a poco andar en todos los institutos militares de estudios superiores, como este que me honra hoy escuchándome.

La GP es un arma ofensiva y defensiva.

La guerra psicológica puede llevarse a cabo mediante dos escuelas: la norteamericana y la alemana. Digo escuelas y debería decir estilos, pues es más exacto por hoy, ya que en verdad no hay aún dos academias perfectamente delimitadas. Someramente, puede decirse que el estilo norteamericano, más reciente, adolece de serias deficiencias que lo tornan excesivamente primario, pues se funda —casi con exclusión— en un concepto propagandístico.

El estilo alemán, al que hay que agregar el actual estilo soviético, es más profundo, más doctrinario, y llega por lo tanto más hondo al espíritu de las masas, combatientes o no. La propaganda, para esos estilos, es meramente un aspecto mecánico de la guerra psicológica: un elemento subsidiario, no intrínsecamente fundamental. Porque, repito, el objetivo primo de la guerra psicológica es crear, en el o los adversarios, un clima mental, una serie de sentimientos que, conduciéndolos por las sucesivas etapas del miedo, del pánico, de la desorientación, del pesimismo, de la tristeza, del desaliento, en fin, los lleve a la derrota. Y viceversa, crear en el medio propio un clima neutralizador de esos sentimientos. El clima de la rabia, con todos sus matices. En una palabra: un clima de derrota y otro de victoria, de donde tenemos los dos aspectos de la guerra psicológica: el ofensivo y el defensivo, que por la parte contraria debilita al adversario y por la propia lo exalta.

La guerra psicológica en la historia

Para comprender cómo ocurre esto, hagamos, en primer término, algunas consideraciones sobre los antecedentes de lo que hasta hoy se llama guerra de nervios y debe ser considerada más amplia y científicamente como guerra psicológica.

Si nos remontamos a la historia americana, veremos que en las distintas etapas de la misma se consignan antecedentes, episodios y hechos que demuestran que los grandes jefes —entre ellos,

San Martín— han utilizado los resortes psicológicos en forma magistral. El concepto de guerra de nervios es sinónimo de guerra de zapa, que era la terminología utilizada por San Martín, uno de los creadores de la guerra psicológica moderna. Y tanto es así que en la Escuela de Altos Estudios, de Berlín, fueron estudiadas las campañas emprendidas por el Libertador bajo este punto de vista. El Gran Capitán fue realmente un creador del sistema, porque es indudable que el manejo y utilización de los factores psicológicos, en su guerra de zapa, no fueron inspirados por ningún antecedente recogido en las escuelas militares españolas, porque en ellas no se enseñaba. Ese sistema fue creado instintivamente por nuestro prócer.

San Martín, en el Perú, manejó exclusivamente el factor psicológico. Pudo, de esa manera, llegar a Lima sin disparar un solo tiro y con la única pérdida de pocos, muy pocos hombres, registrada en combates aislados de escasísima importancia.

La baja de 2.100 hombres, que en esa campaña tuvo, fue ocasionada por el paludismo y otras pes-tes, lo cual demuestra que su verdadero enemigo no fue el ejército español, sino ese flagelo.

Al final de esta clase volveremos sobre este tema.

La Biblia refiere diversos hechos acaecidos en la antigüedad y entre ellos se destaca el caso de Gedeón. Este personaje bíblico excluyó a 25.000 soldados de entre los 40.000 que tenía que seleccionar para integrar su ejército, porque sus hombres confesaron, después de una serie de interrogatorios, que tenían miedo a la lucha. Hizo así una selección psíquica, psicológica.

El ejército de Gedeón quedó integrado, entonces, por 12.000 hombres. Posteriormente comenzó a practicar entre sus soldados la selección física, mediante una prueba que consistía en tomar agua de un arroyo sin doblar las rodillas; aquéllos que no fueran capaces de hacerlo eran excluidos. Como resultado de esta nueva prueba, solamente integraron sus contingentes trescientos soldados. Gedeón, teniendo en cuenta que la empresa que iba a acometer era sumamente delicada e importante, aplicó un criterio selectivo muy riguroso y estricto. Pero obsérvese que, en principio, le guió un concepto superior al físico. El ánimo de su ejército fue su interés primordial.

Posteriormente, los ejércitos recurrieron al número, dando preferencia entonces a la constitución física del soldado. Las guerras del siglo que corre han puesto de nuevo en primer término a la inteligencia: esto es, que no importa tanto la capacidad orgánica, en cierto modo anatómica del soldado, sino su espíritu, su psiquis.

Acabo de hojear un tratado del famoso estratego von Klaussewitz, bien conocido por los jefes y oficiales que me escuchan.

Busqué en él elementos actuales sobre el factor psicológico de la anteguerra y de la guerra propiamente dicha. No encontré nada sobre el tema. Y si en los textos modernos, y en los magistrales

como el de von Klaussewitz, prologado por von Schliessen, no hay nada, difícilmente los encontremos en parte alguna. Por ello andamos un poco a tientas. En efecto, en toda la historia militar se ha comprobado que casi todos los jefes han recurrido a métodos instintivos, que tenían una configuración psicológica de gran eficacia. Repito, pues, que tales jefes militares han utilizado, de una manera efectiva, el sistema instintivo. De la misma manera, también, han recurrido ya sea al engaño, el camouflage, e, incluso, a la difamación, como arma para desprestigiar al enemigo. También se valieron, en muchos casos, de la persuasión, y en otros, como en el caso de los rusos, de la intimidación.

Sistematización moderna de la GP

Todo esto se ha usado, no en una forma sistemática y organizada, sino, por el contrario, en una forma puramente instintiva, de donde resulta que, a través de la historia militar, sólo hay vagos antecedentes acerca de lo qué es la guerra psicológica. Realmente, este tipo de guerra organizada sistemáticamente, como tal, con fines precisos y objetivos determinados, recién surge como consecuencia de la última contienda mundial, guerra planificada por los alemanes, y ahora, con antecedentes inmediatos, por los soviéticos.

Desgraciadamente, sobre cómo han trabajado los alemanes para organizar su guerra psicológica, tenemos pocas referencias oficiales. Ellas forman parte, seguramente, de reglamentos y manuales secretos; pero indiscutiblemente el resultado a que llegaron no puede ser más importante. Porque ya se sabe que consiguieron mantener, aún en los momentos más terribles y más cercanos a la catástrofe, la moral necesaria en el pueblo para que éste siguiera trabajando, colectivamente unido y fuerte; y en el combatiente, el mismo espíritu de lucha de las primeras resonantes victorias, aun durante la retirada de Rusia. Es decir, que en Alemania, el clima psicológico de la guerra, jamás llegó, ni remotamente, al pánico. El frente interno, primordial, ya en trance de derrota, no perdió su cohesión, su fortaleza anímica, hasta el último minuto, aún frente al derrumbe mismo. El cómo acaeció esto no es baladí. Respondió a una técnica, a una labor psicológica fundamentalísima cuyo secreto no nos ha llegado. Pero sí sabemos, como dato incontrovertible, que la Wehrmacht tenía adscripto un cuerpo de cinco mil hombres de ciencia, todos ellos altamente especializados en materia psicológica y que el Ministerio de Propaganda trabajaba en coordinación con ese cuerpo, hasta que factores eminentemente políticos, de mero prestigio, rompieron la unidad de acción.

La psicología individual y la colectiva

Lamentablemente, no conocemos los antecedentes de la guerra psicológica alemana. Ni los norteamericanos los tienen. Apenas el coronel Kelm da vagas referencias de ella, más bien periodísticas.

En las revistas especializadas sobre psicología, no hay nada concreto tampoco. Empero, puede afirmarse que, para que la guerra psicológica se desarrolle y adquiera las posibilidades de trans-

formarse en una poderosa e inestimable nueva arma ofensiva y defensiva, se ha hecho imprescindible un gran avance en el estudio y conocimiento profundo de la psicología individual y de la psicología colectiva. Se ha hecho, sobre todo, imprescindible el conocimiento íntimo, diríamos así, de la psicología popular en la época de la guerra, así como también el aprovechamiento íntegro de la información; en una palabra, de todos, absolutamente todos, los medios técnicos de la difusión: prensa, radio, cine, comunicaciones, televisión. Unido a todo esto aun, el concepto absoluto de la guerra total; de la guerra en que intervienen los factores políticos, los económicos, la doctrina filosófica, la geopolítica, la nueva estrategia atómica, etc.

Sólo la conjunción, la coordinación más estrecha entre todos esos factores, y el más hondo conocimiento del alma humana, ya sea individual como colectiva, puede hacer posible, eficiente y quizá insuperable, antes, durante y aun después de la victoria y de la derrota, la guerra psicológica.

Los efectos psicosociales de la guerra

No tengo por qué añadir nada a este respecto. La hora que vive el mundo ¿qué es, en resumen más que una tremenda y científicamente planeada "guerra psicológica"?

Para lograr la mayor eficiencia de la nueva arma, hay que llegar hasta el fondo del ser humano, partiendo asimismo del conocimiento de los efectos psicosociales que produce la guerra en toda colectividad. Como nunca, en efecto, hay que tener en cuenta en tal circunstancia, que es de suyo anormal y desordenada, en qué forma adquieren una primacía fundamental en la vida del ser, la necesidad y los instintos. Aquélla se agudiza al extremo; éstos, en sus tres conceptos, que son: conservación, reproducción y sociabilidad, se subvierten de modo casi integral, de tal manera que necesidad e instinto son pasibles de nuevos procesos que hay que adaptar y ajustar; esto corresponde tanto a los hombres de ciencia como a los conductores militares. En una palabra, al iniciarse la guerra, simultáneamente se produce un verdadero desequilibrio psicológico en el hombre y por ende, en la colectividad.

Tal fenómeno debemos conocerlo antes para no andar en tanteos y pruebas. En sus trabajos el coronel norteamericano Kelm, organizador de la GP o guerra psicológica en su país, narra los esfuerzos por él realizados para llevar adelante algunas de sus iniciativas. Se le rieron en las barbas, por ejemplo, cuando organizó un servicio de camiones equipados con transmisores, altoparlantes y equipos de morteros lanzapanfletos que acompañaba a las fuerzas combatientes. Rechazáronle su método; pero ya en los campos de batalla, asediados los soldados norteamericanos por las transmisiones radiotelefónicas clandestinas y las lluvias de panfletos, logró el coronel Kelm montar su organización sin mayores obstáculos.

Desorden de los conceptos de necesidad e instinto

Pues bien: ¿qué es lo que ocurre apenas declarada la guerra? Ya lo hemos dicho; se alteran y desquician todos los principios y conceptos que tocan necesidad e instintos.

Pensemos, en efecto, que la guerra actual es una lucha integral, de pueblo contra pueblo, antes que de ejército contra ejército.

Más todavía: de bloques de pueblos contra otros bloques de pueblos. Esa lucha depende de otras de carácter industrial, técnico, económico, tanto que ya no es exacta la concepción napoleónica de que la guerra la gana el ejército que tiene más artillería.

Hoy, la capacidad total de producción de un pueblo y el alma de ese pueblo son lo que puede decidir la victoria. Por lo pronto, la mayor posibilidad de producción es la que hace posible satisfacer tanto las necesidades de los combatientes como de los no combatientes. Ya se sabe que sin la satisfacción de las necesidades primarias no hay ejército ni pueblo que soporten una guerra.

Por lo demás, no puede desconocerse esta verdad. En la guerra integral entre varios pueblos, sobreviven los más débiles. ¿Por qué? Porque los hombres físicamente deficientes no combaten. Los que luchan son los fuertes. Luchan y mueren. Los débiles llegan al fin de la lucha indemnes, porque han permanecido bélicamente inactivos. Esta es otra subversión notoria que debe tener en cuenta el hombre de ciencia.

Desorden social causado por la guerra

Es indiscutible que el estado bélico produce en los pueblos un desajuste psicológico total en lo que tiene atinencia con los instintos. Los hombres y los pueblos reaccionan de modo distinto al de las épocas de paz o normales. La guerra cambia toda la organización social, la transforma y le da nuevo sentido y otro rumbo. El trastrueque es radical y, por lo tanto, las reacciones psicológicas son también absolutamente distintas. A nuevas situaciones individuales y colectivas, nuevas situaciones sociales, afectivas, legales, de vida, en fin.

Aparentemente, el orden social anterior sigue intacto, aunque se mantenga bajo normas diferentes por la autoridad militar. Pero el sistema de vida y el de toda actividad, en todos los sectores, es totalmente distinto. Así como toda la actividad productiva, industrial, económica y técnica de la Nación está enderezada a respaldar a sus ejércitos, así también la actividad integral del hombre, combatiente o no, está dirigida a un nuevo fin. El trastorno, dicho elementalmente, es inmenso y el desorden del viejo orden incomparablemente mayor ¿Cómo, entonces, no va a gravitar todo ello en forma decisiva sobre los pueblos en guerra?

La movilización de los ejércitos imprime a la vida todo un ritmo desacostumbrado, extraño para la población. El ejército, se sabe, tiene un sistema propio de ordenamiento y dirección. Toma a los hombres por su capacidad y no por su, diríamos, jerarquía social. El que antes de la contienda era el patrón, puede ser en la guerra subordinado de su empleado o de su obrero. El rico puede codearse con el pobre y hasta con el mísero y serle inferior jerárquico.

La disciplina lo vence todo. Pero todo esto, indiscutiblemente, es desacomodo de un orden anterior y tiene sus implicancias notorias en la psiquis de todos los seres.

Los efectos psicológicos de la guerra

En una palabra: las distintas etapas por las que atraviesa durante la contienda bélica el régimen de vida social traen, como consecuencia, un cambio fundamental en las actividades normales del hombre. El primer efecto de ello se evidencia en la destrucción de la vida afectiva: los hábitos adquiridos cesan, los vínculos familiares se distorsionan, las amistades se interrumpen, las convicciones políticas y las mismas creencias religiosas se truecan —o se agudizan, que es lo mismo.

Vale repetir: la guerra trueca todos los vínculos del hombre y el resultado lógico de ello es un estado particular en la población que se traduce en una desconfianza recíproca colectiva, especialmente en los primeros tiempos.

Es tan profundo y orgánico el cambio que produce la guerra en un pueblo, y de naturaleza tan grave, que concluida aquélla las formas de vida anterior jamás pueden ser restauradas. Consecuencia: las transformaciones colectivas determinadas por la guerra son irreversibles, pues una vez producido el cambio no se puede volver a la situación previa, al orden anterior. La guerra, en fin, obliga a sustituir las formas evolucionadas de la vida social por otras más primitivas: la fuerza, naturalmente, substituye poco a poco al derecho.

El retorno a las formas sociales primitivas

DEFINICIÓN. En síntesis, podemos afirmar, hasta aquí, que la guerra es ya, de hoy en más, una lucha social de pueblo contra pueblo; que implica siempre una revolución social interna; que, paradójicamente, sobreviven los débiles; que los cambios sociales producidos durante la lucha son irreversibles; y que durante la contienda se regresa a formas sociales primitivas. Esto nos lleva como de la mano a estas conclusiones: Triunfarán en la guerra quienes mejor satisfagan las necesidades primarias del pueblo y quienes eviten, por el dominio de los instintos, la desadaptación del pueblo a la nueva situación.

Por lo tanto, toca al ejército el "adaptar" al pueblo al estado bélico —como a los gobernantes, mediante la técnica psicológica defensiva, el crear en las masas la ilusión de un porvenir superior.

Ya volveremos sobre todo esto.

Efectos psicológicos inmediatos y mediatos

Ahora vamos a referirnos a los efectos psicológicos puros; los hay inmediatos y mediatos. Los primeros son los siguientes: La población, ante el hecho bélico que importa un trastrueque en su orden de vida, sufre una especie de neurosis colectiva, es decir, de leve desequilibrio mental. Como consecuencia de ese desequilibrio, los más débiles se transforman rápidamente en alienados y semialienados, a tal extremo que se puede afirmar sin ambages que una población que entra en guerra llega a tener un porcentaje del 10% de desequilibrados.

Todo aquel que tiene una condición psicológica congénitamente débil cae, inmediatamente, en un estado de neurosis. Más aún, el solo anuncio de una guerra llena los hospitales de alienados.

Los más "fuertes", en cambio, que constituyen el 90% restante, no caen en ese estado; pero sufren a su vez de un estado particular de ansiedad, dominante en los sanos. Ese estado de ansiedad es determinado por la incertidumbre.

Un tercer efecto es el siguiente: todos los seres regresan a los sentimientos más primarios porque ya aparecen los elementos básicos de la guerra psicológica que empiezan a señalarse cada vez más nítidamente. Una parte de ese 90 % sale de los límites de la ansiedad y entra en los del temor, que también evoluciona por diferentes etapas —que luego veremos detalladamente— hasta llegar al pánico. Asimismo del estado de ansiedad, otra parte del 90%, por otras etapas pasa al estado de rabia, que es el arma psicológica para la agresión; y de la rabia al furor. Otro estado es el de elación. Baste decir ahora que todo ello prepara el terreno para que en la población —individual y colectivamente considerada— se produzcan reacciones imprevistas.

Hay un cuarto efecto: una parte de la población —cálculase en un 6%— aparentemente permanece impassible; no tiene ansiedad, ni preocupaciones, ni incertidumbre. Ese 6%, sin embargo, es el más peligroso, porque se halla en un proceso psicológico que se llama del "todo o nada". El hombre no actúa, pero brusca e imprevistamente reacciona con violencia y en un instante descarga todo su furor. Aquí no hay etapas intermedias y previsibles que valgan.

El quinto efecto es el siguiente. A medida que pasa el tiempo en la guerra los hombres se despersonalizan, lo que constituye una agresión a la personalidad humana. ¿Por qué se "despersonalizan"? Sencillamente, porque las normas militares, forzosamente, son iguales para todos. No interesa lo que el hombre ha sido antes, sino lo que debe ser a los fines de la guerra. La organización bélica absorbe todo y a todos. Esta despersonalización trae como consecuencia una cantidad de desadaptados que con rapidez pasan a ser elementos de perturbación, aún dentro del ejército. Esos son los que hay que eliminar de allí con presteza, y neutralizar afuera, porque son focos de indisciplina, de desorientación y de contagio.

El sexto y último de los efectos psicológicos inmediatos consiste en la mutación brusca de funciones individuales a las que ya nos hemos referido y que determinan en el estado de guerra una inversión o desajuste serio de la vida social y de la moral colectiva.

Todos estos efectos, repetimos, son inmediatos y se producen en la población apenas iniciada la guerra.

La vida en clima de guerra

Pero vamos a la etapa crónica. La guerra se ha prolongado y el ejército ha conseguido el ajuste psicológico necesario para que la población afronte la situación en las mejores condiciones.

Se ha trabajado, por la autoridad militar y médica, minuciosamente; se ha eliminado a los desadaptados y se ha reeducado en tal forma a la población, que puede vivir, diríamos así, "normalmente" en la guerra.

¿Qué efectos se producen en ese nuevo estado? El primero es la fatiga. La población cae en la indiferencia y en la falta de entusiasmo. La gente ya no siente preocupaciones. El "qué me importa", el "quémeimportismo" aparece nítidamente, como muy bien lo describe Mira y López en su *Psiquiatría de Guerra*, que es una de las fuentes de mi información. Pero, no obstante, la población en tal estado puede ser recuperada.

El segundo efecto es más grave: y es el del estupor, estado irreversible. El individuo no reacciona ante nada. Estamos, pues, ante la población vencida. En una palabra: es imposible mantener la estructura social, moral y psicológica de la colectividad.

En síntesis, los efectos psicológicos inmediatos son: 1º, aparición de desequilibrios mentales; 2º, ansiedad e incertidumbre; 3º, regresión al temor y a la rabia; 4º, reacciones violentas imprevistas; 5º, despersonalización; 6º, mutación o inversión de las jerarquías.

Los efectos psicológicos mediatos producidos por la guerra crónica son: la fatiga y el estupor. Debo decir ahora que a la vez que el ejército procura mantener el equilibrio de esa nueva sociedad bélica, debe organizarla, puesto que no es la misma de la paz sino otra, con nuevas relaciones, con otros sentimientos y con ideales distintos. El ejército, lógicamente, debe dirigirla — porque en cuanto la desatienda surgirán consecuencias imprevistas. En estos casos siempre hay que tener en cuenta el estado de compensación que se ha logrado, es decir, el equilibrio para sobrellevar la situación de modo que el ejército pueda, de esa manera, proseguir con sus operaciones.

Surgen, entonces, dos factores: la descompensación y el desequilibrio de esa nivelación conseguida, que es el miedo. Otro de los factores que hay que estimular constantemente, desde el punto de vista psicológico, es la rabia.

Factores de la descompensación psicológica

EL MIEDO. — Vamos a considerar en seguida la incidencia que tienen el miedo y la rabia en el estado anímico de los individuos. El miedo es un estado psíquico reflejo, establecido pues incons-

cientemente, incontrolable, que paraliza las actividades de la guerra y detiene asimismo toda defensa. Se produce cuando el instinto de conservación se ve acosado por un hecho exterior que amenaza la integridad física o moral del individuo. El que tiene miedo, ya se sabe, pierde toda posibilidad de defenderse. Este estado psíquico del miedo atraviesa por distintas etapas ascendentes: la prudencia, la cautela, la alarma, el temor controlable, la ansiedad que puede hacerse angustiosa y hasta desesperada, el pánico y, finalmente, el terror.

La prudencia se manifiesta porque la gente comienza a ser parca en sus expresiones y a mantenerse discreta: es la primera etapa del miedo. Luego, ya surgida la desconfianza en las noticias recibidas, la población queda en estado de cautela. A esto sucede la alarma, que deja de ser una manifestación interna, pues el individuo ya expresa lo que siente, es decir, comienza a exteriorizar su inquietud. En este caso, la población hállase alarmada, o, lo que es igual, ha pasado del estado de prudencia y de cautela al de acción.

Una etapa posterior por la que atraviesa el miedo es el temor, que en el individuo se manifiesta no solamente en la incredulidad de las noticias recibidas sino en la adopción de medidas de defensa. Para ejecutarlas controla ese temor. Cuando, en su inquietud, busca dónde refugiarse o cómo salir de la situación y no logra su objetivo, entra en estado de ansiedad si no divisa ni vislumbra en detalle el objeto temible y de ansiedad angustiosa o angustia cuando lo presiente o avista, de desesperación ante su proximidad, y entonces se mueve y se agita incontroladamente.

La etapa subsiguiente corresponde al pánico, que se pone en evidencia cuando el hombre gesticula y pierde completamente el control. De pronto ese pánico lo paraliza de golpe, y el individuo se sienta en un banco y permanece inmóvil: es el terror.

Todo esto que ocurre con un individuo, sucede con la colectividad, con las reacciones de las masas. De manera que hay que neutralizar los efectos de la alarma. En esta escala del miedo se encadenan una serie de factores que contribuyen a organizarlo.

Una de las causas que determinan la aparición del miedo es la sensación de la carencia de comando y de que las instrucciones que imparte el ejército llegan en forma muy atenuada o con inseguridad o contradicciones. Estos factores determinan inmediatamente la alarma psicológica de la población. Por eso es necesario adoptar las medidas precautorias indispensables para evitarla.

Lo que posiblemente originó la gran fortaleza del frente interno alemán fue la seguridad y la precisión de las informaciones, que trasuntaban seguridad en el comando.

Por ello también hay que evitar la fatiga de la población. El cansancio mental y físico crea un ambiente propicio para la propagación del miedo.

Otra de las causas que contribuyen a acrecentar el miedo en la población es el misterio que irradia la situación. El anuncio de que existe un arma secreta y de que se ha instaurado un régimen se difunde mediante la propaganda consistente en la multiplicación de rumores. Por eso, los alemanes hicieron una gran propaganda sobre los mortales efectos de sus armas, antes de utilizarlas.

Pusieron en práctica, además, el sistema de los estímulos anormales, consistentes en ruidos y otros procedimientos.

Es un hecho evidente, comprobado en la vida normal, que el silencio absoluto produce miedo, mucho más miedo que el estruendo de las bombas. El ruido absoluto no es comparable, en sus efectos sobre el miedo, con el silencio absoluto. En algunas personas el miedo no es producido por el silencio o el ruido absolutos sino por la brusca interrupción de aquél. Hay que tener en cuenta otro factor, que es la predisposición de ciertas personas al miedo. Éstas reaccionan más fuertemente que otras, a consecuencia de poseer un temperamento menos firme o, como se dice, enérgico: éstos son los emotivos, los impresionables, los sugestionables.

Para neutralizar la acción del miedo es necesario fomentar la rabia, como arma defensiva psicológica.

LA RABIA. La rabia es un estado reflejo justamente contrario al miedo, consciente, controlable, que se puede provocar, y se produce cuando a una persona o a un pueblo se le coarta el cumplimiento de una acción o un deseo, o los fines u objetivos de una acción individual o colectiva. Explotando este aspecto fue que los alemanes hicieron su gran propaganda sobre el "espacio vital", porque ese pueblo padecía necesidades biológicas, psicológicas y morales que no podía satisfacer. Eso va produciendo, poco a poco, un impedimento en la acción que desarrollan las personas individualmente y el pueblo como su conglomeración dinámica, obstaculizándoles el cumplimiento de sus fines y objetivos. Esa situación origina como consecuencia el estado psicológico de la rabia, que llega a su máximo cuando está expresada claramente.

Antes de llegar a la rabia se pasa, lo mismo que con el miedo, por diversas etapas. La primera es la que se refiere al resentimiento, que es una forma simple. El resentimiento no se expresa con ninguna acción; es algo que no tiene exteriorización.

Luego sigue el enojo. Este estado psíquico se traduce en palabras. El individuo no sólo está resentido, sino que habla, dice cosas, critica con violencia. De ese estado al de cólera, que es el subsiguiente, pásase al de la agresividad, con la adopción de actitudes injustas.

El estado de "elación"

Y, finalmente, llégase a una etapa intermedia; la ideal. El hombre se muestra agresivo, pero su agresividad va acompañada por un componente de seguridad, de confianza en sí mismo; y cree firmemente que, sobre todo, está defendiendo una causa justa contra un enemigo odioso y odiado. Ese estado se llama "elación".

La obra maestra de la psicología militar consiste en llevar a los combatientes al mencionado estado anímico. Se tiene que inculcar a la tropa, y en todo lo que de ella dependa, la seguridad de que se lucha por un ideal nobilísimo, por una causa justa, irrenunciable. La elación no es, entiéndase bien, la rabia instintiva, inconsciente, sino la rabia consciente razonada.

Naturalmente que, para llegar al estado de elación, debe realizarse una larga preparación, que ha sido muy bien estudiada en sus detalles, tanto por los norteamericanos como por los alemanes. Esa preparación es, desde luego, técnica e intelectual, y abarca a todo el elemento combatiente o que pueda entrar en la lucha

En Méjico, los guerrilleros de Pancho Villa fueron los primeros en emplear una droga: la marihuana, que les producía no tanto el estado de elación, pero sí el de una euforia agresiva, cercana a la rabia; una excitación homicida.

El alcohol se empleaba antes con el mismo objeto. La ciencia psicológica nos ha llevado ya mucho más lejos y más eficazmente que todo ello.

Hay una serie de factores que determinan y favorecen la rabia, entre los que podemos citar los siguientes: la constitución psicológica individual, pues sabemos que existen personas que reaccionan más violentamente que otras; la proximidad del objeto odiado, que genera rabia sistemática y creciente. El tercer factor es la agresividad del objeto. En suma: la psicología militar debe llevar a la tropa primero al estado de agresividad y luego al estado ideal de elación. Sobre esto hemos de volver todavía.

En síntesis, los fines de la guerra psicológica, de acuerdo a todo lo que llevo dicho, son dos: 1º Evitar el miedo de los propios combatientes y provocarlo en los enemigos. 2º Provocar la rabia entre los propios y evitar que los enemigos la tengan contra nosotros.

Objetivos de la guerra psicológica

Ya hemos visto que la GP o guerra psicológica opera con dos estados reflejos: el miedo y la rabia, que son, al mismo tiempo, los grandes objetivos del arma psicológica. La guerra psicológica es defensiva y ofensiva. Los planes de la psicología como arma defensiva, son:

1º Conseguir el ajuste más perfecto de la población civil.

2º Realizar la profilaxis del miedo.

3º Eliminar del servicio los psicópatas, esto es, realizar la higiene mental entre los componentes de un ejército en guerra.

4º Conseguir la fanatización en el ejército y de los no combatientes, en base a una doctrina.

¿Cómo se hace el ajuste de la población civil? Me permitirán ustedes que abrevie y sintetice, pues cada uno de los objetivos de la guerra psicológica requiere volúmenes. Se llega a un ajuste de la población civil mediante la creación de una conciencia popular antebélica de preparación del clima, del ambiente, mucho antes del estallido de la conflagración.

Estados Unidos preparó a su pueblo dos años antes de lanzarse a la última guerra. Hitler empleó varios años más para preparar el suyo.

Hay que explicar por qué se va a luchar y cómo, mediante una doctrina lo más concorde posible con la psicología y los ideales del propio pueblo. El objetivo de la lucha es siempre noble, generoso, elevado y contesta algún acto enemigo que evidencia lo contrario. Y ya en guerra, el pueblo y el combatiente deben estar perfectamente informados. Todo les debe ser comentado, explicado, clarificado. Si se dejan al pueblo y al ejército librados a sus propias reacciones se pierde el control psicológico sobre ellos. Un sistema de difusión permanente de los medios y fines de la guerra es absolutamente imprescindible. Tanto más se ajustará el pueblo al orden de la guerra, cuanto más amplio sea ese sistema de difusión.

Lo inespecífico y lo específico en la guerra psicológica

Hasta ahora todo lo que he venido diciendo se refiere a principios psicológicos aplicables a "todos" los pueblos. Pero los pueblos, como los hombres en particular, tienen reacciones o modos de ver —como quien dice un carácter nacional— que le es propio, específico. Cuando se hace la guerra psicológica no basta conocer estos principios generales, sino también las normas especiales que resultan de la raza, la organización social y jurídica, las tradiciones, religión, creencias y costumbres. De ese modo, los comandos militares deben tener una información completa y total sobre la psicología propia del pueblo adversario. Hay una psicología de los japoneses, otra de los rusos y alemanes, otra de los franceses, que condicionan lo inespecífico universal con lo específico local. Todo ello debe ser considerado en la plana de un estado mayor, sea regular o revolucionario.

Cómo realizar la profilaxis del miedo

El segundo aspecto de la guerra psicológica, ya hemos dicho que consiste en la profilaxis del miedo, para lo cual debe tenerse en cuenta lo específico y lo inespecífico. Es de una importancia fundamental. Debe llevarse a cabo una perfecta selección de los rumores y las dudas de la población, para destruirlos de inmediato.

La mínima duda genera inmediatamente la desconfianza y la cautela. Débese informar siempre tanto de los triunfos como de las derrotas. Éstas con la mayor habilidad posible, para lograr la tonificación del espíritu público.

Otra preocupación constante en la profilaxis del miedo es evitar que trascienda, desde los comandos, la más mínima duda sobre el triunfo final. Hay que impedir por todos los medios la propagación de noticias que puedan inducir al pueblo y a la tropa a dudar de la dirección bélica. Todas las noticias, aun las malas, deben ofrecerse con verdad. Hay que explicar tanto las victorias como las derrotas y más éstas que aquéllas; hasta hay que convertir las derrotas circunstanciales en victorias finales.

Uno de los factores importantes que tienen verdadera incidencia en la tranquilidad de todos es la demostración de que en la guerra no existen privilegiados, de que todos tienen los mismos deberes. Hay que organizar los cuerpos de psicólogos y distribuirlos entre los distintos sectores sociales, para alentar al pueblo y orientarlo hacia la lucha victoriosa.

El pasado debe ser olvidado. No será más: el futuro más promisorio es lo que cuenta.

Mahoma hizo su guerra santa prometiendo el paraíso de las huríes a sus guerreros.

El objetivo de la guerra es siempre lograr un porvenir halagüeño, en contraposición a un pasado ignominioso y a un presente intolerable. La doctrina de la guerra tiene su basamento sobre estos dos conceptos. La guerra psicológica debe atenerse a ellos exclusivamente.

En cuanto a la higiene mental, ella es tarea enorme. Los psicópatas, los neurópatas, los semialienados, los fronterizos, constituyen un factor de sumo peligro y de perturbación en todos los órdenes de las actividades humanas. En caso de guerra hay que eliminar su influjo poco a poco de la población civil, a medida que se los contiene con el apoyo terapéutico más adecuado al caso.

Del ejército, en cambio, su influencia hay que eliminarla drásticamente, fulminantemente, lo que allí es posible por baja, pero debe comenzar inmediatamente la terapéutica, apoyo y contención del civil. Las bajas mentales tienen enorme gravitación en la tranquilidad popular. En tesis general, la gente se impresiona más ante un amigo que ha enloquecido que ante un amigo muerto. La baja mental produce siempre un gran shock psicológico en la familia, máxime en el estado de guerra.

La GP como arma ofensiva

Consideraremos ahora cómo actúa la guerra psicológica, en su carácter de arma ofensiva o agresiva.

Ya hemos dicho que debe provocarse el miedo en el adversario. Para inducir al miedo al sector antagónico, se emplean dos procedimientos. Uno es la propaganda negra, que se lleva a cabo por medio de comunicaciones practicables o panfletos clandestinos; tiene por objeto sembrar la desorientación en el contrario y agobiarlo con informaciones falsas, rumores, mensajes, etc. La quinta columna, a su vez, procura el desconcierto completo del bando adversario, también mediante informaciones falsas y panfletos y con los servicios de espionaje y contraespionaje.

Toda la guerra psicológica ofensiva debe tender a debilitar y quebrar la moral de guerra del adversario, desbaratando su ajuste psicológico. Todo ello debe realizarse por inúmeros procedimientos.

El periodismo juega aquí su papel más importante. Tiene que polemizar con el adversario y destruirle toda su argumentación de guerra, para destruir su doctrina. Recuerden ustedes que Goebbels llegó a convencer a millones de que el mundo debía optar entre el fascismo o el nacionalsocialismo, y el comunismo. Al propio tiempo, evitó que el pueblo adversario odiara al invasor. Alemania lucha —decía Goebbels— no contra el pueblo enemigo, sino contra sus gobernantes, de los cuales Alemania ayuda a ese pueblo a liberarse. Lo mismo dijo más tarde, refiriéndose a los alemanes, la propaganda inglesa. El pueblo era el bueno y pésimos sus gobiernos, sus clases dirigentes. Toda esta gama de argumentaciones constituyen la guerra psicológica agresiva.

Desarrollo técnico de la GP

Estoy absolutamente convencido de que la GP debe incorporarse a los Reglamentos militares de estrategia general y tácticas de campaña, y crearse un organismo adecuado.

Los organismos militares de la guerra psicológica de Estados Unidos son recientes. Apenas hállanse en los primeros pasos, y eso sólo en el campo de la organización de la propaganda, que es completamente distinto a la organización psicológica de la guerra.

El modelo norteamericano, en aquel aspecto, es magistral, pero no llega al hecho psicológico, repetimos.

He hecho confeccionar este gráfico en el cual puede advertirse un proyecto, más o menos orgánico, de lo que podría ser la organización sistematizada de guerra psicológica y de propaganda.

Los asesores son elementos de enorme importancia en la guerra psicológica, pues son los que imparten las doctrinas en base a las cuales se desarrollará el arma nueva. Este cuerpo de asesores tiene que estar integrado por intelectuales, periodistas, hombres de ciencia, filósofos, aprovechándose así también la poca aptitud de los mismos para la lucha en el frente de batalla. La coordinación de las informaciones especiales, de los estudios psicológicos, psicotécnicos y de psiquiatría, tienen que ser llevados con suma dedicación para que constituyan un complemento eficaz y coadyuven al triunfo.

La propaganda de la lucha tiene que responder a sus distintas formas: la gráfica, la informativa, la oral, etc., y su estructura debe ser realizada por especialistas.

Por lo demás, es el ejército el que debe controlar el efecto que produce la guerra psicológica en el adversario, es decir, debe tener el control de sus resultados como asimismo un índice, utilizando para ello a los prisioneros, los cuales deben ser interrogados minuciosamente. La información que de ellos se obtiene es siempre la mejor.

En la última guerra, los prisioneros aliados en poder de los alemanes llevaban consigo panfletos contra Roosevelt, Churchill, el capitalismo, el imperialismo, etc., lo que prueba que los leían.

La réplica norteamericana fue enviar al campo alemán panfletos salvoconductos. Y fue grande la cantidad de soldados alemanes que más que por acción bélica, por el panfletos salvoconducto, llegaron a traspasar las líneas y convertirse en prisioneros de los norteamericanos. Pero debemos reconocer que el invento del panfletos salvoconducto fue obra de los alemanes.

Podría extenderme mucho sobre esto, pero lo haré en otra clase. Quiero reproducir aquí, por hoy, una frase del ya mencionado coronel Kelm. Dice así: "En la próxima guerra atómica, la GP será más importante que en la segunda guerra mundial, antes, durante y después de las operaciones bélicas".

La campaña de San Martín en el Perú como ejemplo de GP

Quiero cerrar esta primera clase, que han tenido ustedes la gentileza de escuchar, con una reseña lo más sintética posible de la campaña de nuestro general San Martín en el Perú. Todos la conocemos, y ustedes, por cierto, más detalladamente.

El historiador don Ricardo Rojas la llama "guerra mágica". Por su parte, el historiador peruano Paz Soldán, la califica de "fenómeno extraordinario". Y añade: "San Martín derrotó a un ejército poderoso con la fuerza sola de la opinión y de la táctica, sostenida con ardides bien manejados". Pacífico Otero, a su vez, en su monumental obra sobre el Libertador, abunda en casi un tomo sobre esa campaña, modelo de la "calma latente y dinámica" de nuestro héroe máximo.

Yo califico a esa campaña del Perú como un ejemplo típico de la guerra psicológica. Durante ella, San Martín adopta y sigue imperturbablemente las medidas que, de acuerdo a lo que acabo de exponer, tienden:

1º A evitar el odio y el miedo del pueblo y de los jefes adversarios.

2º A crear una nueva moral en el pueblo que va a libertar: moral que ha de poner a ese pueblo en estado de rabia contra su gobierno "extraño", y en estado de amistad con quien va a liberarlo.

3º A determinar el estado de relación de su propia menguada tropa.

4º A organizar la 5ª columna entre los jefes del ejército realista.

5º A obtener la total división política de sus contrarios.

6º A determinar la relación en el pueblo peruano.

7º A organizar la 5ª columna en Lima.

Cómo se prepara el espíritu público

Una relación, como digo sintética, bastará para dar consistencia plena a mi aserto: la campaña sanmartiniana en el Alto Perú es un modelo —para entonces, hace más de un siglo— de verdadera guerra psicológica. Comencemos por decir que, en el año que ella duró, San Martín perdió 50 hombres en batalla, y 2.400 por enfermedades de la región, las que estaba lejos de su posibilidad impedir.

Y bien. En 1820 desembarca el Libertador en el Perú. Se encuentra ante un pueblo que ya conoce, lo mismo que conoce la moral de los jefes adversarios. En efecto, por uno de sus agentes secretos, Bernaldes, cuando aun San Martín hallábase en Chile preparando su objetivo final, que era el Perú liberado, conoce el estado de espíritu de la población, de sus clases y castas, además de las informaciones y estadísticas militares. Bernaldes le escribe: "Si el Ejército Libertador se encontrase a seis leguas de Lima y el Visir (así denomina al Virrey de la Serna) ordenase una corrida de toros, los limeños se desentenderían de aquella amenaza y darían preferencia a la corrida".

Quiere decir que a la población peruana no le importaba mucho ser liberada. Eso acuciaba sólo a los pocos patriotas que se debatían en un medio, si no hostil, indiferente. San Martín no se inmuta. En otras recomendaciones a los enviados suyos, les manifiesta que: "toda conmoción popular tiene tres tiempos, y es así cómo, en los momentos de ejecución, se suele pecar por imprudencia, en los momentos posteriores se peca por nimia o necia confianza". "Un plan revolucionario, añade, debe ser preparado de otro modo, y conocida su disposición, ésta no debe tener más parte que en el acto indivisible de la ejecución".

La sagacidad psicológica de San Martín es admirable. Sabe que no es posible un levantamiento del Perú, antes de la llegada del Ejército Libertador, y aconseja a sus emisarios dividir la atención del enemigo. De ninguna manera aprueba un movimiento intempestivo, y dice que la multitud no puede ser movida sino magnificando sus temores o alentando sus esperanzas. Para esto no hay que hacer promesa "que no se pueda o no se deba cumplir".

Recalca que "el objeto de la Revolución es la felicidad de todos". Este "slogan", como se diría hoy, va a repetirlo incansablemente, por todos los medios.

Proclamas y panfletos revolucionarios

Ya llegado al Perú, monta su imprenta móvil y ordena distribuir sus proclamas al pueblo peruano. En éstas, fija entonces el carácter y sentido de su campaña, estableciendo la diferencia que existía entre la guerra por la libertad de América y la tiranía realista.

Analiza los sucesos en la península, y satiriza los esfuerzos del que ya llama "el último Virrey del Perú", para "prolongar su decrepita autoridad". Concluye con esta categórica afirmación: "Yo vengo a poner término a esta época de dolor y humillación".

Otra proclama va enderezada a la nobleza española residente en Lima, que recelaba de los propósitos de San Martín, asegurándole que su acción no iba "contra sus justos privilegios". El objetivo era, pues, no tenerla de enemiga.

Redactadas e impresas las dos proclamas, se cumple otra orden de San Martín: "Que no quede iglesia, monasterio, plaza, taberna, bodegón, oficina, café, paseo, barbería ni lugar alguno de concurrencia donde no se repartan proclamas en una misma noche simultáneamente y de suerte que ni el poder del Virrey, ni el de la Inquisición, puedan socorrerse con esta inundación y el espíritu público empiece a ilustrarse y a hacerse sentir a pesar de toda pesquisa".

Obsérvese la técnica del Libertador. Todavía no ha dado un solo paso bélico, pero ya ha metido varias cuñas en la moral del pueblo al que va a libertar. Ya veremos cómo procede con los realistas.

Simultáneamente, San Martín se ocupa de sus tropas, cuyo estado moral después de las victorias de Chacabuco y Maipo es excelente. Les dice en otra proclama: "Soldados: acordaos que toda la América os contempla en el momento actual y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre, dondequiera que los oprimidos han implorado nuestro auxilio contra los opresores. El mundo envidiará vuestro destino si observáis la misma conducta que hasta aquí; pero desgraciado el que quebrante sus deberes y sirva de escándalo a sus compañeros de armas. Yo lo castigaré de un modo terrible y desaparecerá de entre los otros con oprobio e ignominia".

Este final en tono violento, que dice del carácter de San Martín, tiene el propósito —igual que otras medidas de severidad adoptadas— de devolver a los pueblos "la confianza en la moralidad de la causa revolucionaria, que había dejado recuerdos poco favorables después de la primera campaña de Cochrane".

Esto expresa el historiador chileno Gonzalo Bulnes. Y aquí permítaseme un párrafo del historiador nuestro, Pacifico Otero. Dice así: "A los pocos días de encontrarse el Ejército Libertador en Pisco — lugar de desembarco de San Martín en tierra peruana—, la villa recobró su aspecto y animación habituales. Pronto corrió la voz, por toda la comarca, que los batallones que habían desembarcado no eran hordas bárbaras y que confiados en su protección y en la bondad de su acogida podían retornar a sus casas los fugitivos. Más de mil personas volvieron, pues, a sus lares, y se abrieron nuevamente sus tiendas y sus pulperías. La conducta del Ejército Libertador desautorizó la falsedad de las imputaciones con que lo había denigrado injustamente el Virrey; y con su buen trato aumentó sus filas con no pocos adeptos. Era ésta, por así decirlo, la primera victoria que ganaba San Martín en tierra peruana.

Su sombra fue para ésta una sombra auspiciosa y bajo su amparo comenzó a salir de su estado letárgico un pueblo que, a pesar de su patriotismo instintivo, no podía romper sus ataduras coloniales y reclamaba manos extrañas para darse su libertad política".

San Martín espera los acontecimientos, sin precipitarse jamás.

El Virrey le envía un emisario. Éste se reúne con el general en Miraflores. Las deliberaciones acerca de los móviles del Libertador prosiguen diez días, y, por supuesto, no se concreta nada. El objeto es ganar tiempo, pues así consigue San Martín desembarcar toda su tropa, con la artillería y demás elementos, sin encontrar obstáculo armado. Ya ido el emisario, envía San Martín una carta personal a Pezuela, expresándole que lamentaría mucho iniciar las hostilidades si no llegaran a entenderse. Le achaca todos los sufrimientos que deberá soportar el pueblo peruano por culpa suya. Lo que persigue San Martín es indisponer a ese pueblo con la autoridad del Rey en el Perú. Y a fe que lo consigue con sobras. El que va a dar libertad al Perú crea la nueva bandera peruana y el escudo, oficialmente. Distingue a los patriotas con especiales muestras de consideración. Ofrece una nueva concepción de la vida futura, en un clima de autodeterminación política, de gobierno propio y de felicidad para todos.

Su propósito real es siempre ganar tiempo, pues su ejército se diezma por las epidemias; las fuerzas realistas son mayores en número y en poderío bélico. Arenales se interna por la Sierra y Cochran espera frente al Callao con sus buques, a que el bloqueo rinda sus beneficios previstos. Por otra parte, el propio panorama americano era desfavorable para los propósitos sanmartinianos.

Sin autoridad Buenos Aires, el respaldo de San Martín era muy débil.

Características de la guerra de nervios

La obra maestra del Libertador, en el Perú, es la organización de la hoy llamada 5ª columna entre los jefes del ejército adversario.

Sabía que entre los que acompañaban al Virrey Pezuela había ambiciosos y disconformes, no sólo con la autoridad, sino con la propia corona española. Pezuela representaba la tendencia monárquica: el general De la Serna, en cambio, con los jefes más jóvenes, a los liberales.

Reanuda San Martín su guerra de zapa, o de nervios, o psicológica, como debemos entender hoy. Fomenta la enemistad entre los representantes de las dos tendencias. A De la Serna le escribe: "No vengo a derramar sangre, sino a fundar la libertad y el derecho. Los liberales del mundo somos hermanos en todas partes".

Se plantea el problema, que no es el de España contra América, sino el del absolutismo contra el liberalismo. De tal modo, el descontento contra el Virrey cunde en sus propias filas. El batallón "Numancia" —el más fuerte y célebre— se desbanda. Un levantamiento de De la Serna contra el Virrey que se empeña en luchar contra San Martín, le cuesta el cargo. Véase obligado a dimitir y ocupa entonces su lugar De la Serna. Éste hállase convencido de que la resistencia contra el Libertador es casi imposible, y así lo detalla a la Corona, pidiéndole refuerzos. Entre tanto procura atraerse la buena voluntad de San Martín, y le envía emisarios. Así se realiza la Conferencia de Torre Blanca, otro fracaso, naturalmente, de los realistas y otro triunfo psicológico de San Martín.

Entre tanto, el bloqueo del Callao prosigue. San Martín, contra los propósitos de Cochrane que anhela librar batalla, lo contiene y le escribe a O'Higgins, en carta explicativa de su conducta: "Pienso entrar en Lima con más seguridad que fiando el éxito a la suerte de una batalla". En otra, dice: "Los dividiré —a los realistas— y ganaré tiempo. Me han muerto 1.600 hombres las pestes y siguen muriendo a razón de 100 por día". Y con todo esto, ya al finalizar 1820, a menos de un año de su desembarco, San Martín, sin haber librado batalla alguna —la de Pasco fue un encuentro—, tenía dominado moral, militar y políticamente al Perú.

Lima no estaba conquistada aún, pero le pertenecía todo el litoral peruano, desde Pisco a las playas más lejanas del norte. La Sierra hallábase dominada también. El ejército español subordina su táctica a los movimientos cautelosos de San Martín.

En este estado se realiza en Punchauca la entrevista del Virrey De la Serna con San Martín, cuyos detalles abrevio por ser de ustedes bien conocidos. Los discursos de ambos también. El plan monárquico urdido por San Martín no tuvo más alcance que el protocolar y diplomático. El nombramiento de un regente era inaceptable para la Corona, y en cuanto a la no iniciación de las hostilidades los jefes realistas tampoco podían aceptar el plan de De la Serna

Todo sucedió como estaba previsto por el Libertador y narrado a O'Higgins. Y ya los acontecimientos se precipitan. Convencido de la desmoralización del adversario, San Martín rodea con sus fuerzas a Lima; asiste desde la bahía, a bordo del "Moctezuma", a la labor de los patriotas; De la Serna clama por que San Martín levante el bloqueo y negocie. La población limeña lee con avidez la última proclama del Libertador ofreciéndole el gobierno propio y concitándolo a la revuelta. La promesa de liberación de los esclavos e indios concluye por destruir la organización colonial. A nuevos requerimientos —después de abandonada Lima por De la Serna, el Libertador levanta el bloqueo y envía alimentos a sus adversarios, a sus propios cuarteles: "Los soldados —dice en un panfleto más— son enemigos nuestros en el campo de batalla solamente".

El efecto causado entre las tropas y en el pueblo por el gesto de San Martín es inmenso. A pesar de todos los requerimientos de los patriotas, niégase a atacar a la ciudad de los virreyes. "Sólo entraré en Lima invitado por su pueblo", dice. La respuesta de San Martín enardece a los peruanos. De la Serna huye y ante la formal invitación de una comisión de vecinos, patriotas y autoridades municipales y eclesiásticas, San Martín hace su entrada triunfal en Lima, el 9 de julio de 1821, "sin haber disparado un solo tiro".

Hemos seguido a vuelo de pájaro una campaña psicológica más que bélica, de nuestro genial San Martín, que causa admiración por su penetración del alma del soldado y del alma de un pueblo. Lo que viene a probar que, si según el mariscal Foch la guerra es acción, lo que es axiomático, ella nos lleva a estas conclusiones:

1º La guerra es un arte simple y todo ejecución. De las cosas ejecutables por un ejército, lo más difícil es la guerra de nervios.

2º Siendo acción en la guerra material, los hechos dominan las ideas y las palabras. Su ejecución está sobre la teoría.

3º En la guerra psicológica, las ideas y las palabras son las armas. Su ejecución es difundirlas.

Contribuciones al Conocimiento Sanitario del Hombre

1950